

Juan Marín

La cuestión del Sudán



A cuestión del Sudán es en resumen la historia de las relaciones ancestrales entre dos pueblos unidos tradicionalmente por la geografía, la economía, la religión y la raza y a los cuales llega, inesperadamente, una tercera potencia, extranjera totalmente a esos pueblos y zonas, y crea una barrera artificial entre ambos, instalándose por separado, en uno y en otro. Tal es el caso de Egipto, Sudán e Inglaterra. La unión geográfica y geo-política entre Egipto y Sudán está determinada obviamente por el Nilo, la gran arteria africana que, ascendiendo desde el corazón del continente negro, fluye majestuosamente hacia el norte y fecunda las fértiles tierras del Equatoria y el Sudán primero y luego los desiertos de la Nubia y el Egipto. La unidad racial ha sido señalada por etnógrafos contemporáneos que afirman que una migración de raza hamita se produjo en un momento de la proto-historia humana, desde cierta región del Asia Menor y de la península arábiga, hacia las costas orientales del Africa, en los territorios que se sitúan frente al Mar Rojo, y que esta migración, ocurrida en varias olas sucesivas a lo largo de muchos siglos, se desplazó posteriormente hacia la región del Delta del Nilo. Las diferencias que hoy día pueden notarse entre un sudanés y un egipcio derivan de la larga e intensiva mezcla racial ocurrida en el Sudán de los hamitas con los negroides y en Egipto de

los mismos con los árabes. Pero el imperativo histórico y geográfico de la unidad de estos dos pueblos ha sido el Nilo, y en menor grado, también, el Mar Rojo. La unidad del Valle del Nilo ha sido determinada por la naturaleza, más que por el hombre. La topografía del sur y la del norte son casi idénticas mientras las condiciones climáticas y la flora presentan una gradación armoniosa que hace imposible fijar un límite neto entre las dos áreas. Los cambios políticos ocurridos en el Bajo Egipto siempre han tenido repercusión inmediata en el Alto Egipto y la misma ocupación del Sudán por los ingleses no es sino un corolario de la entrada de ellos en Egipto. La inevitable necesidad de "unidad" del Valle del Nilo, que movió a los gobernantes de Egipto a través de seis mil años de historia a mirar y viajar constantemente hacia el sur, empujó irremisiblemente a los británicos a remontar el Nilo apenas llegados al Delta. Y una somera y elemental operación de lógica nos demostrará que si los ingleses no tenían ningún derecho a estar en Egipto, mucho menos podían tenerlo para entrar en Sudán. Esta es la breve historia de la llamada "Cuestión del Sudán". Inglaterra argüirá en su favor la defensa de la "ruta hacia las Indias", pero este argumento está ya caduco. Alegará entonces la necesidad de proteger las costas orientales del Africa en el Mar Rojo y la "ruta hacia el petróleo" y en esto, desde su punto de vista, tendrá cierta razón. Pasemos ahora a analizar el problema en más detalle.

Para fines de mayor claridad expositiva, se pueden distinguir en la historia de este complejo problema internacional cuatro grandes períodos, unos considerablemente más largos que otros, pero, no obstante, perfectamente definidos. El primero de ellos, que dura muchos siglos, es el de la vinculación cultural, comercial y militar del Egipto faraónico con los extensos territorios del sur. Basta mirar un mapa del Africa para comprender a primera vista que, siendo Egipto un "don del Nilo" según dijo Heródoto, o la "Hija del Nilo" según rezan inscripciones del viejo imperio y de los "Textos de las Pirámides", los pueblos y territorios que bordean el Nilo desde sus

orígenes hasta su desembocadura, eran inseparables. Los pobladores del Delta, que muy tempranamente desarrollaron una de las civilizaciones más avanzadas de la historia del mundo, tuvieron siempre sus ojos vueltos hacia el sur. El Nilo fué muy tempranamente deificado: hay estatuas, oraciones y poemas de la era faraónica, en loor del "Dios Nilo". A veces por la ruta del Mar Rojo y otras veces remontando directamente el río, los habitantes del Bajo Egipto estuvieron siempre excursionando en las "Tierras del Sur" o "País de las Cataratas", en busca de oro, marfil, plumas de avestruz, ébano, resinas, aceites, pieles de animales, ganado, etc. Las riberas del Nilo, a ambos lados, están sembradas de monumentos que pregonan en sus piedras milenarias, como los faraones, desde los arcaicos como Menés, el "Unificador de Egipto" y los grandes monarcas del viejo imperio, como Zoser, el constructor de la "Pirámide de Gradas" de Sakkara (año 3000 a. C.), Snefru, Userkaf, etc., todos ellos constructores de pirámides, hasta los del medio y nuevo imperio, como los Amenophis, los Thoutmés, los Seti, los Ramsés y aun los Ptolomeos griegos y los romanos mismos, mantuvieron un incesante intercambio comercial con las regiones meridionales y enviaron frecuentes expediciones militares que a veces fueron de pacífica exploración y otras tuvieron carácter punitivo. No debe olvidarse el hecho de que ha habido dinastías nubias y etíopes en el trono de Thebas y de Memphis y que fué preocupación constante de los faraones la de poder controlar las aguas del Nilo en forma que la agricultura del país no estuviera estrictamente limitada a la crecida del río, sino que hubiera una irrigación continua, con constantes cosechas. Ni aún en los momentos de mayor preocupación asiática de los faraones, cuando ellos tenían ambas manos ocupadas en Siria y Palestina, o combatiendo a los hicsos o a los hititas, jamás dejaron los "Hijos del Sol" de mantener abierta la corriente de relaciones comerciales y culturales con las "Tierras del Sur". En resumen, de este período se puede decir que el Egipto faraónico siempre consideró al Valle del Nilo como un solo te-

rritorio y al Sudán como una parte integrante y vital del Egipto mismo.

El segundo período corresponde a la penetración árabe-musulmana en el Africa del Norte y a su progresivo descenso hacia el sur y al este, en un lapso bastante largo también que se extiende desde mediados del siglo VII d. C. hasta comienzos del siglo XIX: los mismos esfuerzos graduales e intensivos que Islam tuvo que hacer en el Africa del Norte para asimilar a su cultura a los pueblos berberiscos, debió desplegar acá en Sudán para identificarse con los pueblos hamitas y negroides. En todo caso puede afirmarse que la dominación sobre el Sudán no pudo ser obtenida mientras no se había dominado previamente a Egipto, tal cual habría de suceder posteriormente con los británicos.

El tercer período que no es más que una continuación ininterrumpida del segundo, marca la influencia del Egipto moderno, con un carácter que podríamos llamar revolucionario, en el Sudán (1821-1882), en Equatoria (1884-1898) y luego en Somalía y Harrar; es en este momento que aparecen grandes sudaneses, de origen negro o mixto árabe-africano, asumiendo un papel de importancia en la vida política del Sudán. Es la "época de oro" de Egipto, aquella en que Mohammed Alí, el "Napoleón de Oriente" y luego su nieto Ismail Pashá, habiendo quebrado el poder de los mamelukos y manteniendo sólo una subordinación nominal al sultán de Turquía, restablecieron las fronteras del imperio hasta los límites máximos que Egipto había tenido en tiempo de los grandes faraones como Thoutmés III o Ramsés III. Pero Europa vigilaba los pasos del "nuevo Egipto" y ya, luego de la batalla de Morea, Metternich advertía a las cancillerías europeas "el peligro que para Europa significaría la insurgencia de una nueva potencia africana". Tanto en sus avances hacia el Asia como hacia el Africa, Egipto empezó a encontrar "los pies de Inglaterra" y en la batalla de Navarino (1827) en que la flota egipcia fué destruída, se selló la renuncia de El Cairo a todas sus ambiciones "imperiales", debiendo ceder su soberanía sobre Arabia, Palestina, Siria, Cilicia y

Creta al imperio otomano, al "hombre enfermo" de Constantinopla. Inglaterra esperaba, atenta, la oportunidad de recoger todo este legado cuando llegara el momento.

El cuarto período, por su complejidad, se puede subdividir en varias épocas: 1.^a La de los Gordon, los Baker y los Hicks, los grandes administradores y militares ingleses sirviendo bajo bandera egipcia, que trataron de llegar a la región de los grandes lagos y consolidar el dominio continuado y seguro sobre los aborígenes de esas regiones inexploradas. Es en esta época que se gestó la gran revuelta de El Mahdi (1881-1885) que habría de dar un pretexto concreto a Inglaterra, ya instalada en el norte, para invadir el Sudán. El Mahdi, también llamado "El Falso Profeta", predicó una guerra santa contra egipcios e ingleses por igual, calificando a ambos de "herejes". Conquistó sus prosélitos entre los fanáticos derviches y entre los hábiles y rapaces comerciantes "Baggara", y en una cruzada victoriosa sin precedentes, puso a todo el país del sur en llamas y sangre. 2.^a Corresponde al momento en que Inglaterra, so pretexto de sofocar la insurrección "madhista", obligó a Egipto a cortar todos sus vínculos con Sudán. Como en estos momentos, Egipto mismo se encontraba también invadido y ocupado por los británicos a consecuencias del problema del Canal de Suez y de los llamados "sucesos de Alejandría", el gobierno de El Cairo tenía materialmente las manos atadas en absoluta incapacidad de defenderse a sí mismo y de defender su sector austral, esto es, Sudán. 3.^a Es la época de la reconquista del Sudán (1899) y de la convención que estableció el Condominio Anglo-Egipcio del Sudán: Inglaterra se anexaba de hecho el Sudán, pero tenía necesidad de la cooperación administrativa de Egipto, de soldados y oro egipcios y de la influencia moral y religiosa musulmana para pacificar y administrar este vasto territorio. 4.^a Está marcada por la trágica fecha del asesinato de Sir Lee Stack en El Cairo (1924), caído a manos de un fanático que obró individualmente y sin conexión alguna con el gobierno egipcio. Londres aprovechó de inmediato esta nueva oportunidad que se le presentaba, para ha-

cer salir del Sudán a todas las tropas y funcionarios civiles egipcios que allí se encontraban en virtud del acto de Condominio. Europa había decidido ya, abiertamente, dividirse el Africa con sus ricos tesoros de materias primas: Africa comenzaba a ser el "continente del futuro", con las consecuencias que tan admirablemente ha analizado Carlos Dávila en su libro *We of the America*. El acuerdo de 1904, que había puesto término a las peligrosas rivalidades anglo-francesas en Africa —que habían culminado en el célebre "incidente de Fachoda"— dejó manos libres a Inglaterra en Egipto y Sudán concediendo igual libertad de maniobra a Francia en Marruecos. Este estado de cosas ha continuado hasta hoy y es el germen de todos los disturbios que actualmente ocurren no sólo en Egipto sino en las colonias árabes del norte de Africa, donde los nacionalismos islámicos se encuentran en franca revuelta. El gobierno de Su Majestad Británica reconocía plenamente en aquellos años que Egipto y Sudán eran un solo país, un sólo territorio: Sir Wallis Budge, en el prefacio de su libro *The Egyptian Sudan* (1907), así lo afirmaba. Pero, para facilidad de administración y para eliminar todo vestigio de influencia árabe en el sur, amputó al Sudán de Egipto, seccionando todo vínculo político y administrativo entre ambos territorios. Esta dualidad, artificialmente creada, sigue siendo la base de toda la argumentación británica para permanecer en el Sudán.

La revolución de Mohammed Naguib, que el 23 de julio de 1952 derrotó a Faruk I, el último vástago de la dinastía de Mohammed Alí y que en junio de 1953 abolió la monarquía y proclamó la República egipcia, ha creado una nueva situación en que el problema de Suez y la cuestión del Sudán han entrado a una nueva crisis. Inglaterra ha afirmado que el Sudán no desea la unión con Egipto y que sólo aspira a una completa independencia. En realidad, en la política sudanesa, en la Asamblea Nacional de Khartoum, pueden distinguirse tres partidos: los autonomistas que quieren una completa independencia, los probritánicos partidarios de seguir bajo la dominación de Londres, y los proegipcios que anhe-

lan una reunión con Egipto. Este último es el partido más numeroso. Londres ha alegado también que los pueblos del sur del Sudán no quieren saber nada de los pueblos del norte (que son proegipcios) y que, por lo tanto, no se les puede forzar a una fusión que ellos repudian; un agente confidencial del Presidente Naguib, el mayor Salah Salem, fué al seno del país meridional y regresó trayendo un acuerdo completo de esas tribus y clanes con el Egipto republicano.

Tal es el estado actual de la "Cuestión del Sudán": no se trata de una lucha entre dos "imperialismos" como cierta propaganda interesada trata de hacerlo creer, sino simplemente de una manifestación más, entre tantas otras, de pueblos que aspiran a su liberación.